

Guiada por su angel custodio, levántase gozosa en el espacio el alma de Geltor, oyendo el estrepitoso volar de las cometas de inflamada cabellera, y el blando murmullo de la compasada marcha de las constelaciones: sucesivamente fué cesando todo rumor, y al cabo reinó el silencio en torno de él, cuando hubo entrado en el inmenso círculo que precede á la entrada del santuario y en cuyo ámbito giran, independientes de terráqueos globos magníficos, esplendentes soles. En aquellas elevadas y sublimes regiones, vió Geltor en las nubes retratadas todas las nobles y bellas acciones de su vida: sus leves culpas perdonóselas el Juez supremo; pero los pobres á quienes alimentó, los huérfanos de los cuales hizo hombres íntegros y útiles á la sociedad, el pueblo cuyos hierros deshizo combatiendo por la libertad, todos, todos le siguen hasta la entrada del santuario donde va á recibir el premio de su virtud.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles, y prosigue Cristo juzgando á las almas de los mortales que, en número inmenso, llegan de todas las regiones de la tierra. Desaparecen unas como gotas de agua que caen sobre la abrasada arena; otras corren lentamente como las argentadas olas del arroyo que riega floridas praderas; todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que tan pronto baja hácia el abismo, como sube hasta los cielos.

Armados de homicidas cuchillas, Hagid y Sirmion se amenazan, se combaten, se hieren, caen, y á un tiempo exhalan el último clamor de odio y de maldicion, y con él la vida. Entonces, en el seno de la eterna noche sonaron estremeciéndose pesadas cadenas, y aquel sonido, amenazador, irresistible, le oyeron los crueles, y sus almas obedecieron mal su grado la ley que les imponia. Un espíritu de tinieblas los ató espalda con espalda á una roca del Averno, cuyos siniestros ecos repiten á la region de los tormentos los desesperados rabiosos gritos de aquellos malvados.

Cierto joven, llamado Tóa, habitante de la estrella de los hombres inmortales, habiendo escuchado atenta y ansiosamente la relacion que el Padre de todo su linage les hizo ¹, cuando á la intermediacion de su planeta pasó el Eterno para bajar á la tierra á juzgar al Mesías, deploró amargamente la triste suerte de sus hermanos, condenados á padecer en su valle de lágrimas todos los males de una vida de pruebas; y estraviado primero por la sensibilidad de su corazon, osó con el pensamiento acusar á Dios de que habia creado seres á su semejanza, y abandonádoslos despues á crueles padecimientos y funestas tentaciones. De la silenciosa queja pasó Toa, con altanero espíritu, á la declarada

¹ Véase el canto V, tomo I, pág. 186 y sig.

rebelion, osando clamar en alta voz que no alcanzaba el poder de Jehová á borrar de la memoria de los mortales el recuerdo de los horrores de la tumba, y que por consiguiente su felicidad, aun en la eternidad misma, no podia ser perfecta.

Presentóse un querubin á Toa, ordenóle que le siguiese, y despues de haberle guiado largo tiempo en el inmenso campo de lo infinito, desapareció súbitamente. Cuando se vió solo, miró el joven asombrado en torno de sí; y, horrorizándole la estension inconmensurable de los ámbitos del universo, importunándole los cánticos de triunfo de los resucitados que, ceñida la sien de flores, se elevan en alas del *Estasis*, y con torrentes de armonía celebran la bienaventuranza de las almas que se resignan y esperan, caminó á la ventura buscando un punto donde solo oiga suspiros, solo vea lágrimas. Mas pronto un angel silencioso y severo se le acerca y le arrastra consigo. En el discurso de su rápido vuelo vió Toa á la dichosa estrella donde sus hermanos todos gozan de inalterable felicidad, brillar primero entre los millones de astros que pueblan el espacio infinito, y ocultarse luego tras de uno de los soles que giran en las esferas accesibles á la vista de los mortales; y ya incapaz de dominar por mas tiempo las sensaciones que le abruman, dirige al fin la palabra á su conductor, y le dice:

« Angel del Señor, ¿á donde me llevas? »

Calló el angel, y prosiguió Toa:

« Angel del Señor, ya empiezo á convencerme de que no he debido gemir por la suerte de la especie humana, y que en efecto no fué aquella creada para sufrir eternamente. »

Y como el angel continuase guardando silencio amenazador, clamó Toa:

« ¡ Angel del Señor, protéjeme !

« No puedo hacerlo, » respondió, por fin, el angel.

Y como si en alas de la tempestad fueran llevados, continuaron ambos su vuelo.

« ¿ Quien te ha ordenado que así me arrastres? » preguntó el desdichado Toa.

« El Juez Supremo, » respondió el angel.

En aquel momento se apareció la tierra ante los ojos del mancebo inmortal quien, no viendo en ella mas que las tumbas que acababan de abrirse, clamó:

« ¡ Hélos ahí, los fúnebres oteros, en que asienta su trono la muerte !

« Helo ahí, dijo el angel, el campo donde madura la cosecha de la eternidad.

« ¿ Y qué monte es aquel tan árido y coronado por una cruz ensangrentada? »

« El Gólgota.

« Los edificios que lo rodean habitados están por mortales; pero ¿ donde está el que les da la vida? »

« ¡ Mira, y verás brillar en medio de luminoso círculo al Juez del Universo !

« ¿ Luego á su presencia me conduces?... ¡ Desdichado, desdichado de mi ! »

Y uniéndose á las almas que descendian al Tabor, llegó con ellas al sagrado monte. De esa manera, los frutos antes de tiempo madurados son arrebatados por el huracan, cuando destroza las secas flores y los capullos apenas formados. Lleno de terror, quisiera Toa huir ; pero un poder sobrenatural se lo impide. El Juez Supremo guardaba silencio, y á su ejemplo los inmortales todos ; así callan los cielos cuando el trueno del Eterno se dispone á hablar.

Resonó en los espacios infinitos la voz acusadora del angel conductor de Toa ; velaron los seráfines su resplandor ; el mismo Elohá disminuye el brillo de su auréola ; los resucitados y las almas se estremecen ; con ademan terrible vuela la pálida muerte sobre la cabeza del pecador, cuyo linage hubo hasta entonces de respetar el angel exterminador ; y el desdichado lanza el postrer gemido y muere... Deshízose en polvo su cadaver, y dispersólo el viento, porque no se le concede al espíritu de Toa la esperanza de habitar con el tiempo en un cuerpo nuevo y glorificado, no ; su alma está condenada á vagar en el espacio, lejos de la estrella donde nació, lejos de la tierra, lejos de los cielos... Nunca

verá la faz resplandeciente de los inmortales, nunca escuchará los dulces acentos de la voz de los ángeles, y sin embargo ha de conservar el sentimiento de la existencia y la facultad de moverse : pero sola siempre y siempre en el vacío. Para ella cerradas están las puertas de la eternidad y de sus revelaciones sublimes, solo el recuerdo de lo pasado y su presente aislamiento le quedan ; y cuando con ansiedad pregunte en qué momento se dignará el Juez Supremo poner término á su suplicio, no habrá voz que le responda.

Hubo en la tierra un Rey lleno de orgullo, que, usando alternativamente de la astucia cobarde de la serpiente y de la fuerza de las garras del tigre, consiguió encadenar á su pueblo ; y cuando desvanecidos los vapores de la sangre de aquellos que por la libertad habian combatido, alzó la hidra de la tiranía sus cabezas sobre las aherrojadas víctimas, entonces el déspota orgulloso, mofándose de ellas, les dijo que no eran hombres como él, y que él no era hombre sino Dios. Mas ya el insecto roedor que reina en los sepulcros esperaba al Rey de la tierra, cuyos restos fueron inhumados con magnífica pompa, mientras que su alma vagaba errante en el espacio, donde un adolescente de los cielos la sostenia. Para inspirar al debil espíritu fuerzas bastantes á seguirle, lanzó el inmortal de sus ojos un destello del fuego celeste, semejante á

los rayos que Sirio deja caer sobre la tierra; mas como aun así faltase aliento al alma del déspota, tocóla el ángel con una de las puntas de sus alas, y entonces voló como la espuma del mar impelida por el huracán, hasta llegar á los pies de su juez, cayendo allí con risa que el miserable creía insultante, pero que fué en realidad siniestro ahullido.

« ¿ Quien eres? » le preguntó el Redentor.

« Tú serás sin duda uno de los dioses del cielo, y sabrás entonces que yo soy uno de los dioses de la tierra. Las deidades son iguales entre sí y no pueden darse órdenes unas á otras. »

Hizo Cristo una señal al niño Samed ¹ para que se acercase, y le dijo:

« Sé su Juez. »

Dilatóse el rostro de Samed como naciente flor á influjo del sol de primavera; y comprendiendo la inmensidad del favor que el Salvador le concedía, humillóse y oró antes de volverse al rey y decirle:

« ¡ Te condeno á ser esclavo del mas vil de tus esclavos! Aquel que se postraba ante tu trono, no alejándose de él mas que para ir á estampar la huella de sus plantas en la frente de tus desdichados vasallos, será en adelante tu dueño y señor. Ya,

¹ Uno de los niños por Cristo bendecidos, de quien se habla en el canto XI, pág. 401 y sig., t. I.

ansioso de que seas juguete de sus caprichos, te acusa de negligencia; marcha, y que su voluntad te preste alas para llegar mas pronto. »

Y entonces oyó el despota la voz de su esclavo que le llamaba desde el fondo de los abismos, á donde un poder irresistible le arrojó inmediatamente á él tambien.

Estrecha y sincera amistad unió Zoar y Seba, cuya vida coronó la providencia con una dicha de que pocos mortales disfrutaban, enviándoles á los dos la muerte en el mismo instante. Tranquila y orgullosamente espiró Seba; pues, persuadido de su mérito, nunca dudó alcanzar eterna recompensa. No así Zoar, que, mas humilde, sintióse en el momento supremo asaltado por amargos temores, solo por el arrepentimiento de sus leves culpas templados. Rara vez confirma la balanza del Juez supremo las humanas previsiones.

Felicitábanse los dos amigos, á quienes un mismo querubín conducía á la presencia del Redentor, de verse así reunidos despues de la muerte; y el ángel los oía y callaba; mas así que hubo llegado al Tabor, leyó en los ojos del Mesías la sentencia de las dos almas y alejóse con ellas. Desde el fondo de la nueva esfera que atravesando iban los amigos y su celeste guía, vieron que á ellos se dirigía uno de los ángeles de la muerte con grave y silencioso vuelo, sombrío é inexorable aspecto. Aun de él

los separa un espacio mayor que el que ocupan los mares de la tierra, y ya el temor hiela á Zoar, pues aquella lúgubre aparicion confirma los temores que concibió desde el momento en que vió que le alejaban de la asamblea de los inmortales y del Redentor, cuya magestad dulce é imponente le penetró de amor y de respeto.

Llegando, mas rápido que el pensamiento, donde se hallaban las almas de los dos amigos, levantó el angel de la muerte su flamígera cuchilla, y dijo á la una :

« ¡ Tú has hallado misericordia ! » y á la otra :
« ¡ Tú has sido desechada ! »

Cayó el anatema sobre Seba ; y el lúgubre serafin acabó de pronunciar la sentencia del Juez supremo, clamando en voz tonante :

« ¡ Separaos !

« ¡ Separarnos ! suspiró Seba. Por el cielo y la tierra, por los hombres, por los ángeles, y por cuanto unos y otros tienen de mas sagrado, ruégote que hables, ¡ ó tú que acabas de pronunciar esa terrible palabra de *Separaos* ! ¿ dime si esa sentencia de un tribunal, que mi razon no es capaz de comprender, es irrevocable y eterna ?

« No me lo preguntes á mí, respondió el angel de la muerte ; sino al querubin que te conduce, á él que viene del trono donde en este momento se sienta el soberano Juez de los cielos.

« Si, dijo entonces Seba, á él es á quien he visto radiante y coronado de gloria en medio de los inmortales. Dime, amable querubin, si esa sentencia es para toda la eternidad.

« Obedece y parte, » repuso el querubin cuyo brillo, de ordinario deslumbrador, no era en aquel instante mas que dudosa luz.

« Me ha condenado, murmuró Seba, me ha condenado sin mirarme siquiera.

« Un instante se fijaron sus ojos en tí, replicó Zoar, ¡ pero severamente !...

« ¡ Y tú tambien, amigo mio, depones contra mí ! » clamó Seba.

« ¡ Ah ! no, no, caro Seba ; pero, tú lo sabes, nunca acerté á disfrazar á la verdad... Ven á mis brazos ; déjame llorar en tu seno ; te amo y no te acuso... »

Viendo llorar lágrimas de sangre á los dos amigos estrechamente abrazados, el angel de la muerte, conmovido por sus sollozos, bajó un instante su espada, mitigando algun tanto la intensidad de las llamas amenazadoras que de ella brotaban ; mas sonó la hora de la separacion, y el lúgubre serafin, forzado á obedecer á un poder superior al suyo, repitió con voz tonante :

« ¡ Separaos ! »

Y aquellos dos amigos que, con inalterable y

constante ternura, habian hecho juntos toda su peregrinacion en la tierra, caminaron en el espacio infinito por opuestas sendas.

Consagrada al estudio, fué la corta vida del sabio Cerda, y cuando joven aun vió sobre su cabeza la segur de la muerte, regocijóse pensando que en fin los misterios de la eternidad iban á dejar de serlo para él. Su agonía fué realmente un éxtasis de felicidad; y, en su enagenamiento, con igual ternura estrechaba la mano de sus enemigos que la de sus amigos. Llegó en fin el instante de decir adios á la tierra, y entonces su angel custodio que le esperaba mas allá de la tumba, se arrojó con él á la inmensidad de los cielos, maravilla que se le permite contemplar, aun antes de que el Juez supremo le anuncie el dichoso porvenir á que está destinado.

En su rápido y facil vuelo, ábrense ante Cerda nuevas y nuevas esferas; oye y ve cómo marchan los planetas que hacen recíproco trueco de sus luminosos rayos, y tambien aquellos astros y soles, cuyas órbitas están en mas elevadas regiones y que á los solos cielos iluminan. Camina y vuela de sorpresa en sorpresa; mas cuando al fin los cantos de los celestiales coros resuenan en su oido, faltándole fuerzas para tanto placer, cae sobre cierta diáfana nube que servia de dosel á una de las cascadas de lo infinito. En aquel aereo lecho le asalta dulcí-

simo sueño; cree morir segunda vez, mas en breve resucita para la vida eterna.

Nuevas legiones de almas llegan al Tabor y dicen sucesivamente:

« Dios del rayo, tú que desde el seno de las nubes haces estremecer la base del Olimpo, bien sabes que en holocausto te hemos ofrecido toros coronados con las flores mas bellas de los valles, carneros con la frente ceñida de verdes guirnaldas. No te muestres irritado contra nosotros, Padre de los dioses. Y tú, temible Minos, suspende las sentencias que condenan, no las dejas caer en la fatal urna, antes ocúltala á esa en las entrañas de la tierra, y piérdase en el seno de la nada.

« Tus leyes hemos seguido, ó Brama, y cargados de cadenas, atravesado el cuerpo con agudos clavos, abrasados por el sol, comparecemos en tu presencia: apiádate de nosotros.

« Dios de los bosques, valeroso Woda¹, ¿habrémoste ofendido? Por tí, por la libertad de nuestra patria, por la honra de nuestras mugeres, hemos vertido nuestra sangre en leales combates. No hemos muerto, no, como los cobardes mueren.»

Y todas aquellas almas repiten á un mismo tiempo:

« ¡Ten piedad de nosotros, Júpiter poderoso!... ¡Sé clemente, ó gran Brama!... ¡No seas inexorable, Woda invencible! »

¹ Divinidad escandinava.

Y todas aquellas almas solo hallaron allí á un padre misericordioso que perdona y recompensa.

Entonces suspendió Cristo los juicios que habia de pronunciar sobre la tierra, y dijo á Elohá :

« Ven, sígueme. »

Y obedeciendo silencioso el mayor de los seráfines, abrióse para dar paso á entrambos la inmensidad de los cielos; resonaron armonías graves é imponentes en el espacio infinito; con insólito resplandor argentaron los astros, los mares y montes celestiales; dulce estremecimiento agitó los polos del universo.

Conociendo los designios del Salvador en aquel solemne gozo de la creacion, vuelve Abdiel á ocupar su puesto á la entrada de los infiernos. Con tal rapidez se abrió espontáneamente el pórtico sombrío, que el agudo rechinar de sus estremecidos gonges resonó en el fondo de los abismos de la condenacion, como el estrépito de las mil inflamadas ruedas del carro de la tempestad cuando corre por el espacio.

Al insólito rumor vuelven los príncipes de las tinieblas los ojos hácia la entrada de su sombrío imperio, y ven á Abdiel brillando en todo su celeste resplandor. En el mismo instante penetró Jesus en los límites del abismo; en su presencia se humilló el serafin y adorándole le siguieron sus miradas.

Encargado por el Eterno de presenciarse el castigo de los infiernos, castigo que sola su voz podrá repetir á los cielos, precede al Mesías Obaddon, el mas terrible de los ángeles de la muerte, quien en su vuelo destructor deja que en torno de él floten sus siniestros rayos y flamígera cuchilla; y el Mesías con reposado y lento paso, descendiendo de abismos en abismos, se acerca al trono de Satan, que el templo de Adramelec oculta con su sombra.

Divina calma y la omnipotencia de la fuerza primordial respira el rostro del vencedor de la muerte; flores nacen bajo sus plantas y mueren así que no las cubre aquel divino pie con su creadora huella. Huir quieren los demonios, pero el terror los deja inmóviles; invocan á la muerte y la despiadada se niega á herirlos. En pie, al lado del Mesías, el divino Elohá tiende sus poderosas miradas por los ámbitos de la region de los tormentos.

Súbito hundióse el trono de Satan lanzando de sus ruinas densos vapores y ardientes llamas, y el templo de la Mentira, elevado por Adramelec, cae y desaparece, y con él las rocas que le servian de base. Dominado á un tiempo por la admiracion que le causa el poder sin límites del Hijo del Eterno y por el sentimiento de su debilidad cuando con tal dueño se compara, postróse el divino Elohá ante el Salvador del mundo. Los ahullidos de los condenados despertaron á todos los ecos del infierno, y

las negras olas del océano de la muerte arrojaron á su trastornada orilla las blasfemias de los príncipes infernales.

« ¿Quién soy? esclamaron todos sucesivamente. ¿Y tú, quién eres ahora?... Vivo estoy todavía.... vosotros vivís tambien... ¿Porqué tarda el rayo vengador?... Hierre, hierre de nuevo, aniquila á los infernos, y bajo sus trastornados montes desaparezcamos nosotros para siempre de la creacion. »

Y entonces clamó Satan :

« ¿Quienes son los cobardes que así gimen?... Yo que soy vuestro soberano desafío á... »

Y el nombre de Jehová que iba á pronunciar espiró en sus labios.

Tendido está Adramelec en el fondo de la sima donde su templo y mentidas tablas se abismaron; y con voz que por encima de los clamores de los condenados se deja oír, clama :

« ¡Sentencia mas terrible que el rayo cayó sobre mí!... ¿En qué me he convertido?... ¡En horroroso esqueleto! »

Elohá comprende el vértigo que acaba de apoderarse de los príncipes de los infernos y admira estremecido la justicia del Redentor. Las almas de los réprobos, y entre ellas la de Judas Iscariote, vuelan sobre la superficie del océano de la muerte, y semejantes á una sombría nube, se extienden por toda la region de los tormentos.

Desapareció el Juez; los príncipes de las tinieblas y sus innumerables vasallos no ven en torno de sí mas que ambulantes esqueletos. Solo Abbadona conserva á sus ojos su antigua forma de angel caído; mas si el inferno le ve tal cual era antes de la llegada de Cristo, él participando de la fascinacion que domina á todos los espíritus infernales, contempla en cada uno de los demonios y de los réprobos una máquina viva de secos huesos.

Frisaba el inflamado globo, que reemplaza al sol en la region de los tormentos, en la mitad de su carrera, cuando deteniéndose súbitamente se cubrió de negras proeminencias que estallando en seguida vomitaron torrentes de fuego. Mas en vano la horrible claridad de aquel inmenso incendio penetró en las profundas simas : los demonios y los condenados, solo aciertan á reconocerse mutuamente en el sonido de sus voces, que alteradas por la rabia y el terror, se han hecho mas terribles aun que cuando en medio de los abismos de los infernos lanzaban impías blasfemias.

Levántase Satan el primero de todos; solo él está en pie en medio de aquella muchedumbre de esqueletos que ahullando se revuelcan en el polvo maldito. Con su negra y enjuta mano hiérese el cráneo; sus descarnados huesos se agitan, chocan entre sí, y crugiendo agudamente, le recuerdan que tambien su cuerpo no es ya mas que un esqueleto.

Entonces su rabia estalla irresistible como torrente que acaba de romper el último de los diques : terrible como la roca, que largos siglos suspendida sobre el abismo, aterró á los caminantes, cuando perdiendo el equilibrio rueda en fin hasta el fondo de la sima.

En su horrible desesperacion, dijo Satan á los príncipes de las tinieblas despues de maldecirlos:

« ¿Sabeis porqué os habeis convertido en asquerosos esqueletos que la destruccion, cansada de roerlos en vano, abandona y desprecia? ¡Porque habeis dado muerte; porque habeis degollado; porque habeis asesinado á aquel que acaba de espirar en la cruz!... ¡Ya comienza vuestro castigo, monstruos infames! ¡Caiga sobre vosotros el rayo de Jehová para esterminaros esparciendo vuestros restos en la creacion entera; y luego el soplo de la tempestad y la espuma de las olas del Océano, que en su loca resistencia al poder de aquel divino aliento van á estrellarse contra las rocas de la orilla, vuelvan á formaros para volver á deshaceros de nuevo!... »

Dice, vacila, cae y se sumerge en las devoradoras llamas, olvidando su ciega furia que aquel fuego por él creado para eternizar el suplicio de sus víctimas, abrasa y no consume.

Belial une su lastimera voz á los ahullidos que atruenan los infiernos.

« ¡Ay de mí! exclamó, yo he visto nacer bajo sus plantas las mas bellas, las mas suaves flores del antiguo Eden; y así que su pie dejó de hollar nuestro maldito suelo, agostáronse y desaparecieron las flores!... Tambien nos hemos agostado nosotros, mas nunca desapareceremos! »

Calló, pidiendo en vano en su pensamiento una eterna tumba á los inflamados abismos del inferno.

Adramelec, el mas orgulloso, el mas pervertido de los príncipes de las tinieblas, se levanta haciendo un penoso esfuerzo; mas sus flacos huesos se rehusan á sostenerle y cae, y se estremece el Averno al estrépito de su caída, y sus carnes pulverizándose sobre los calcinados huesos se deshacen formando en torno de él una pestífera nube. Tambien Moloc quiere levantarse, y consiguiéndolo á medias, despues de largos y penosos esfuerzos, dice con voz tonante á Magog que á su lado yacia :

« Juguete son mis huesos del loco aliento de los torbellinos que á su placer los mueven; brama el huracan en mi cráneo seco y vacío... ¡Mas no importa, quiero levantarme, lo quiero!... »

Y asiendo á Magog, con toda la energía de la demencia, le obliga á levantarse con él. Ya están de pie, caminan, corren, se detienen, y Magog dice en fin á su compañero estas locas palabras :

« Escucha: estas asquerosas formas que nuestro

eterno enemigo acaba de imponernos, no pueden menos de ser perecederas; destruyámoslas... Ven desharé mis huesos contra tus huesos, y redúzcanos un solo golpe á polvo que la tempestad disperse.»

Dijo, y asiéndose el uno al otro se enlazan con los flacos huesos que no há mucho fueron nervudos brazos, y ya caen, ya se levantan, ya se estrechan, se hieren y vuelven á herirse. Abrense sus craneos, mas al instante vuelven á unirse. Los misteriosos resortes que dan fuerza y movimiento á aquellos cuerpos sin carnes, sin nervios, sin venas, se rompen para recobrar al momento su mágico poder. La violencia de los golpes, que uno á otro se dan, hace temblar las infernales playas, pero sus huesos permanecen enteros como si cortados fueran en las mas duras rocas de Orion. Cansados de aquella terrible lucha que les hizo pasar mil veces las angustias de la muerte sin procurarles una su descanso, se precipitan desde la cima de los mas elevados montes al seno de los mas profundos abismos; mas sus huesos, siempre enteros, como si hubiesen sido forjados en la llama de las siete estrellas mas ardientes de todas; y los dos príncipes de las tinieblas sienten que aun viven en el fondo de los abismos donde esperaron encontrar la eterna muerte.

Cual violenta catarata, que desde lo alto de las montañas, donde acaba de estallar la tempestad, se

precipita sobre los valles, así descende el terror desde los cielos á la region infernal cubierto de ennegrecidos y animados esqueletos, y esparce sus emponzoñados vapores así sobre todos los ángeles caidos como sobre los demas moradores de aquel horrible imperio. Solo Gog lucha todavía blasfemando con horribles ahullidos.

«¡No, Cristo no es Dios!» esclama, y desquiciados por el dolor sus dedos, que se agitan con aquel movimiento convulsivo que revela la agonía, se doblan, se estienden, y de nuevo se doblan y se estienden otra vez. Espera asir á la destruccion, y solo encuentra la horrible certidumbre de su eterna existencia.

De esta manera fueron convencidos los infiernos de que lleno de gloria y de poder vivia el que murió en la cruz; de esta manera el Hijo del Eterno, en la plenitud de su misericordia, advirtió á los príncipes de las tinieblas que no continuasen acumulando crímenes sobre crímenes en el plato de la balanza donde por él serán todos pesados en el día del juicio universal.

